

REVISTA DE MARINA

EDITORIAL



Santiago (Chile) Julio y Agosto 1978

Volumen 95

Numero 4

EL BICENTENARIO DEL

PADRE DE LA PATRIA



ERNARDO O'HIGGINS, el ilustre libertador y padre de la Patria independiente chilena, pertenece, sin lugar a dudas, a la legión de los héroes auténticos, que sufrió sinsabores, desazones, inmensos sacrificios y momentos estelares de gloria. De espíritu visionario, se supo rodear de hombres de gran valía y tuvo como asesores a personeros amantes de la libertad. Se rodeó de chilenos y extranjeros que lucharon denodadamente por la causa de la Patria, de esa Patria atesorada en un conjunto de ideas afines: la nación, la tierra, el país, la cuna y el territorio, términos todos que reúnen numerosos ideales que forman el gran panorama de nuestra historia.

O'Higgins, el Libertador, miró muy lejos y comprendió con meridiana claridad que, una vez librada la batalla de Chacabuco, de nada serviría si no se obtenía el dominio del mar, pues por él podrían bloquearse los puertos. Y comenzó el alistamiento y la concesión de patentes de corso para fustigar el comercio de la metrópoli.

Luego llegó Maipú y se aseguró la independencia chilena, salvo en el archipiélago de Chiloé y los bastiones de Valdivia.

Comienza entonces la más extraordinaria labor desarrollada por un hombre responsable de la conducción de un país. Formar de la nada una escuadra, crear tripulaciones, formar oficiales chilenos en el país, contratar personal idóneo extranjero, organizar la Marina y equiparla. En esto es ayudado eficientemente por un gran ministro, don José Ignacio Zenteno, y por el Comandante General de Marina, capitán Manuel Blanco Encalada.

¡Qué determinación más atinada y justa del Senado de ponerle el nombre de "O'Higgins" a la capturada "María Isabel".

Luego viene el arduo trabajo de armar la Expedición Libertadora del Perú: los problemas de los mandos, las diferencias de opinión y criterio entre San Martín y Cochrane, las desinteligencias entre los comandantes, las levas obligadas de gentes, la supresión de los corsarios y los pedidos de dinero para hacer realidad su obra. Aquí se revela el hombre superior, el creador de la República, no obstante los tremendos obstáculos que hubo de vencer.

Se demuestra como militar con títulos heroicos en los campos de batalla, haciendo prodigios en El Roble, Rancagua y Chacabuco; se manifiesta como estadista y organizador, se hace amar con locura por sus subalternos y se impone a sus colaboradores con su sola presencia y así, de una colonia pobre y olvidada, logra crear un estado fuerte y respetable.

Gobernó honestamente, abolió los títulos nobiliarios y dictó leyes prudentes y justicieras, estimulando la industria y el comercio, protegió y defendió la cultura.

Moralmente, O'Higgins fue virtuoso, jamás demostró vanidad, fue desprendido y tuvo un profundo amor y piedad humana. Su austeridad fue proverbial, así como su sentido del deber, de sacrificio y de un patriotismo a toda prueba. Entregó cuanto pudo a la causa americana. Fue, en síntesis, uno de los grandes de América. Ese hombre singular, que hizo del amor a su madre y hermana un culto y que fue el adalid de nuestra independencia, nació en Chillán Viejo el 20 de agosto de 1778, hace hoy 200 años. Bien merece ser venerado.

Existe una ley de 1834 que señala que Chile siempre debe tener un buque de importancia que se llame "O'Higgins" y eso se ha cumplido y deberá continuarse en el futuro.

